

El bautismo: *Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo 28.18–19).*

Jesús enseñó sobre el bautismo

Tanto Juan como Jesús, en sus ministerios terrenales, persuadieron a muchos a ser bautizados (Mateo 3.5–6; Juan 4.1). Los convertidos de ellos los aceptaron, como mensajeros de Dios se convirtieron en sus seguidores, confesaron sus pecados, buscaron el perdón, se arrepintieron de conformidad con el mensaje de ellos, y aceptaron la instrucción respecto del Mesías y del reino que se había acercado. Ellos recibieron un “bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados” (Mateo 3.2; Lucas 3.3). Fueron bautizados, con el fin de estar preparados para la venida del reino; así que, lo más natural es que, el bautismo del reino sea similar a aquél de preparación.

LA RESPUESTA

El hecho de que fueran tantos los que vinieran a recibir este bautismo, el cual fue enseñado por Juan (incluyendo aun fariseos y saduceos, Mateo 3.7), y por Jesús (Juan 3.22, 26; 4.1), da a entender que la práctica era conocida por todo Judea y por las regiones alrededor del Jordán (Mateo 3.6). Los discípulos de Jesús que lo administraban (Juan 4.2), y que después predicaron el bautismo del nuevo pacto, debieron haber entendido su significado y propósito.

Dado que este bautismo de preparación era tan bien conocido, sería necesaria una cuidadosa explicación para poder alegar que el bautismo del nuevo pacto no es para el perdón de pecados. Más bien, Pedro le atribuyó al bautismo del nuevo pacto los mismos propósitos que tenía el de preparación (Hechos 2.38). Es evidente que las similitudes que hay entre estos dos, las cuales fueron planeadas por Dios, convirtieron al primero en un excelente bautismo de preparación, aun cuando difirió del segundo, en el hecho de que no se basaba en la fe en la sangre de Jesús, ni en su nombre, ni en su autoridad como Mesías. Tal bautismo no ponía en el reino de los cielos, ni dentro de la iglesia, ni dentro de Cristo, a los que lo

recibían. Tampoco era seguido del recibimiento del don del Espíritu Santo. Durante este período de preparación, Juan, Jesús y los apóstoles, estaban preparando a Israel (Mateo 10.6; 15.24), para que aceptara al Mesías cuando éste viniera, pero no los estaban convirtiendo a Jesús reconociendo a éste como Mesías. Por lo tanto, este bautismo, aunque se basaba en la fe en el Mesías que estaba cerca, no podía basarse en la fe en Jesús, reconocido éste como Mesías.

JESÚS MANDÓ EL BAUTISMO

Jesús enseñó que el perdón de pecados para *todas las naciones* sería predicado en su nombre, comenzando desde Jerusalén (Lucas 24.47). Esta enseñanza incluyó la fe y el bautismo (Mateo 28.18–19; Marcos 16.15–16). Cuarenta días después de su resurrección (Hechos 1.1–2), Jesús ascendió para estar a la diestra de Dios, y para recibir toda potestad en los cielos y en la tierra (Efesios 1.19–23; 1 Pedro 3.22). Unos diez días después de esto, el día de Pentecostés, los apóstoles que estaban en Jerusalén, predicaron por primera vez el perdón de los pecados en el nombre de Jesucristo. Este mensaje había de ser predicado a todas las naciones (Lucas 24.47).

El malhechor que estaba en la cruz, el cual es usado por muchos como un ejemplo de lo que uno debe hacer para obtener el perdón de pecados bajo el nuevo pacto, murió antes de que se predicara por primera vez el perdón de pecados en el nombre de Jesús (Juan 19.31–32). Éste no puede servir de ejemplo de lo que uno, estando bajo el nuevo pacto, debe hacer para obtener el perdón de los pecados, pues él murió antes de que el perdón de pecados, en el nombre de Jesús, fuera ofrecido.

El bautismo para el perdón de los pecados *no* era nuevo para el pueblo de Israel. Lo que era nuevo, era la asociación de este perdón con la sangre de Jesús y el nombre de éste (*Jesús* significa “Dios libra”, o salva del pecado; Mateo 1.21), y el título de éste (*Cristo* proviene del hebreo “Mesías”,

y significa “el ungido”, el escogido por Dios para que fuera profeta, sacerdote y rey). Aunque Israel esperaba un cumplimiento material de la misión del Mesías, la intención de Dios era la de un cumplimiento espiritual.

EL BAUTISMO QUE JESÚS MANDÓ

El bautismo, sobre el cual Jesús enseñó, se basaba en su autoridad, la cual se extiende sobre los cielos y la tierra (Mateo 28.18–19), no en la autoridad del bautizador, ni en la de una iglesia. Los que se bautizan de conformidad con las instrucciones de Jesús, están aceptando su autoridad y, por lo tanto, se bautizan *en el nombre de él*. Si uno entiende y se somete a un bautismo que se basa en la enseñanza de los hombres, y no entiende, ni se somete al bautismo enseñado por Jesucristo, el tal se bautiza por la autoridad, es decir, en el nombre de un hombre, o de una iglesia, no en el nombre de Jesucristo.

Juan 3.3–5

Jesús enseñó que a uno le era necesario un nuevo nacimiento, del agua y del Espíritu, para poder entrar al reino de los cielos (Juan 3.3–5). El bautismo de preparación, de arrepentimiento para perdón de los pecados, sobre el cual enseñaban Juan y Jesús, no era el nuevo nacimiento del agua y del Espíritu. Aunque el reino de los cielos estaba cerca, éste no había venido todavía (Mateo 4.17). No era posible para un bautismo, el cual sólo incluía el perdón de los pecados, el poder poner a alguien en este reino que todavía no había venido. El perdón de los que se bautizaban no les daba más entrada al reino de los cielos que el perdón de los que hacían sacrificios de animales (Levítico 4.20, 26, 31, 35; 5.10, 13, 16, 18; 6.7; 19.22). El perdón de pecados *por sí solo* no es lo que da la entrada al reino de los cielos. Los que entran al reino de los cielos deben nacer de nuevo, del agua y del Espíritu, lo cual crea una nueva vida y una nueva relación con el Mesías, reconocido éste como rey dentro de su reino (Romanos 6.4; Gálatas 3.27; Colosenses 2.12–13).

El agua de este nuevo nacimiento es el bautismo (Hechos 8.12, 38–39), y el vehículo, que constituye el Espíritu en el nuevo nacimiento, es la semilla que da vida, la palabra de Dios (Lucas 8.11; Juan 6.63). Esta interpretación corresponde con otras enseñanzas de Jesús y con el resto del Nuevo Testamento (Lucas 8.11–12; Hechos 11.14; 1 Pedro 1.23; etc.).

Frederick Dale Bruner hizo un acertado comentario de Juan 3.5:

El agua y el don del Espíritu Santo no pueden estar más íntimamente ligados que en Juan

3.5: “de agua y del Espíritu”. [En el griego original] Juan no usa la preposición “de” (*ex*) antes de la palabra “Espíritu”, como si estuviera describiendo dos eventos separados. El único *ex* que hay describe una única ocasión. Esta unicidad se acaba de establecer además, por medio del pasivo aoristo subjuntivo *gennēthē*, el cual significa literalmente: “una vez nacido” del agua y del Espíritu...

En lo espiritual, un hombre es nacido sólo una vez y ello, cuando lo es “de agua y del Espíritu”.¹

Este nacimiento, el cual sólo ocurre sólo una vez, es el que trae a todos los que lo reciben, al reino de los cielos, y es el que Jesús envió a sus seguidores a predicar (Marcos 16.15–16).

Marcos 16.15–16

Jesús les instruyó a sus discípulos a ir “por todo el mundo y [a predicar] el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16.15–16). Esta declaración, y otras similares que se encuentran en la Biblia, respecto de la salvación, deben ser consideradas conjuntamente, no por sí solas, cuando estamos determinando *todo* lo que se requiere. Hay otras respuestas tales como el arrepentimiento (Lucas 24.47), y la confesión (Romanos 10.9–10), las cuales son necesarias, así como un entendimiento de la identidad de Jesús y del papel que desempeña en la salvación (Juan 8.24).

La enseñanza sobre la salvación se puede aprender sin necesidad de lo que se ordena en Marcos 16.15–16. No obstante, el entendimiento de este pasaje constituye un ayuda para armar un solo cuadro de lo que Dios requiere que una persona haga para ser salva.

Existe una traducción de la Biblia, al inglés, la cual se conoce como la New American Standard Bible. En esta traducción, por alguna buena razón se ha traducido Marcos 16.16 de la siguiente manera: “El que ha creído y ha sido bautizado será salvo”. Esta forma de traducirlo le da apoyo a la estructura que se usaba en el griego. Las dos frases, la que dice: “ha creído”, y la que dice: “ha sido bautizado”, son participios aoristos del griego, los cuales son seguidos de la frase verbal principal que dice: “será salvo”. La importancia del participio aoristo es que éste expresa acción que sucede antes de la acción del verbo principal, pero *jamás* expresa acción que sigue a la del verbo principal. En este pasaje los

¹ Frederick Dale Bruner, *A Theology of the Holy Spirit (Una teología del Espíritu Santo)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1970), 257–58.

participios aoristos “creído” y “bautizado” indican que tales acciones ocurren antes de la acción de la frase verbal principal “será salvo”, lo cual significa que uno debe creer y ser bautizado antes de ser salvo.

Haciendo un contraste con el participio presente y el participio aoristo, esto fue lo que C.F.D. Moule escribió:

Quando el contexto exige, sin ninguna duda, que se tome una decisión acerca de la secuencia de las acciones que sugieren el participio y el verbo principal, respectivamente, a menudo resulta que un participio presente alude a una acción con la cual la acción del verbo principal coincide (por lo menos en parte), mientras que un participio aoristo sugiere una acción previa a la que sugiere el verbo principal.²

Después de mostrar que hay dos instancias en las que él alega que hay dos excepciones en el Nuevo Testamento, las cuales *no* contradicen la anterior regla, esto fue lo que Moule añadió: “¿Hay alguna otra excepción en el N.T.? No conozco ninguna”.³

James H. Moulton escribió acerca de “un [participio] aoristo del que no hay que ruborizarse, el cual sugiere acción posterior” (es decir, una instancia, en la cual se indica claramente que la acción del participio aoristo, sigue a la del verbo principal, la cual uno puede defender sin pasar vergüenza por ello), cuando dijo: “... y debo sostener que esto no ha hallado paralelo ni en el Nuevo Testamento, ni fuera de él”.⁴

Maximilian Zerwick, según lo traduce Joseph Smith,⁵ hizo, en un pie de página, una declaración casi literal de lo mismo que expresó Moulton:⁶

... la razón principal por la cual existe un rechazo casi universal del uso del participio aoristo referido a una acción subsiguiente es el hecho de que no se encuentra un ejemplo, ni en el Nuevo Testamento, ni en ningún otro lugar, en el cual sea *impossible* captarle sentido alguno, excepto el de acción subsiguiente, y alegando que tal uso no puede ser admitido “si todas las reglas de la gramática y todo entendimiento cierto del idioma no van a ser ignorados” (de la igual manera coinciden Moulton y Robinson).

El famoso A.T. Robertson escribió bajo el

² C.F.D. Moule, *An Idiom-Book of New Testament Greek (Un libro de modismos del griego del Nuevo Testamento)*, 2da. ed. (Cambridge: Cambridge University Press, 1953), 99.

³ *Ibid.*, 100.

⁴ James H. Moulton, *A Grammar of New Testament Greek (Una gramática del griego del Nuevo Testamento)*, vol. 1, 3era. ed. (Edinburgh: T. & T. Clark, 1906), 133.

⁵ Maximilian Zerwick, *Biblical Greek (Griego de la Biblia)*, trad. Joseph Smith (Roma: n.p., 1963), 88.

⁶ Vea Moulton, 134.

encabezado *Acción subsiguiente no es expresada por el participio aoristo*, lo siguiente: “Algunos autores han sostenido que esto es posible, sin embargo, ningún ejemplo satisfactorio ha sido aducido”.⁷

El hecho de que los mejores especialistas en gramática del mundo hayan llegado a la conclusión, de que la acción del participio aoristo jamás sigue a la acción del verbo principal, indica que la gramática griega no permite que el “ha creído” o el “ha sido bautizado” sigan al “será salvo”. El colocar el bautismo después del “será salvo” violaría “todas las reglas de la gramática y todo entendimiento cierto del idioma”. Por lo tanto, Jesús debió haber dado a entender que creer el evangelio, y el ser bautizado, deben preceder a la salvación.

Esta construcción del griego torna esenciales el creer el evangelio, y el ser bautizado, para que la acción de ser salvo ocurra. Si el “ha sido bautizado” es colocado después del “será salvo”, entonces debería serlo también el “ha creído”, pues ambos están en el mismo tiempo verbal y están unidos por la conjunción “y” (del griego *kai*). Los que buscan poner la salvación antes, y no después, del bautismo, cometen una injusticia con el idioma griego y con la enseñanza de nuestro Señor en este versículo. Por esta razón, debemos concluir que la gramática griega no permite que Marcos 16.16, sea una posible excepción a la regla del participio aoristo, lo cual significa que Jesús dijo que uno debe creer y ser bautizado *antes* de poder ser salvo.

Otro principio del griego también se aplica en este versículo. Jesús no estaba diciendo que el creer, y el ser bautizado, debían considerarse como dos acciones separadas inconexas. No es que uno complete el creer y luego tome el siguiente paso de ser bautizado; la construcción en griego no permite esto.

Esto es lo que dice el manual titulado *A Translator's Handbook on the Gospel of Mark (Una manual para el traductor del evangelio de Marcos)*, acerca de Marcos 16.16:

“El que creyere y fuere bautizado”: el único artículo definitivo que gobierna a ambos participios, une a los dos verbos para describir al hombre que será salvo; la cláusula podría traducirse así: “el creyente bautizado”.⁸

En otras palabras, el uso de *un* artículo con

⁷ A.T. Robertson, *A Grammar of the Greek New Testament (Una gramática del Nuevo Testamento en griego)*, 4ta. ed. (Nashville: Broadman Press, 1923), 861.

⁸ Robert G. Bratcher y Eugene A. Nida, *A Translator's Handbook on the Gospel of Mark (Una manual para el traductor del evangelio de Marcos)* (London: United Bible Societies, s.f.), 511.

dos participios indica que la acción de los dos participios es conjunta, ocurre a un mismo tiempo, no por separado.

Si Jesús hubiera dado a entender que se separara la acción de los participios “creído” y “sido bautizado”, él hubiera usado un artículo con cada participio, pero no lo hizo así. Sólo usó un artículo para ambos participios, indicando así que están unidos en la acción. Por esta razón, el pasaje se podría traducir para que dijera: “el creyente bautizado será salvo”, o: “el que creyere mientras es bautizado” será salvo.

En este pasaje, Jesús unió, en forma inseparable, el bautismo y la fe, también colocando al bautismo, motivado por la fe, antes de la salvación. La salvación no se basa en la fe por sí sola, ni en el bautismo por sí solo; la persona que será salva es la que cree en el evangelio a la vez que es bautizada.

Note que el evangelio es lo que se ha de predicar (Marcos 16.15); por lo tanto, es el evangelio lo que se ha de creer (Marcos 1.15). El evangelio incluye el hecho de que Jesús es el Mesías, el Señor que fue crucificado, resucitado y exaltado, el que puede salvarnos de nuestros pecados y darnos la vida eterna en los cielos (1 Corintios 15.1–4). Si el evangelio incluye la muerte de Jesús por nuestros pecados, entonces el que es bautizado debe creer, mientras está siendo bautizado, que la muerte de Jesús le está salvando de sus pecados. Si esto no está sucediendo, entonces no está creyendo en el evangelio en el momento que es bautizado, lo cual es uno de los requisitos que claramente indica la construcción, en griego, del pasaje.

Todos los requisitos necesarios para la salvación están incluidos en Marcos 16.15–16, pues todos los requisitos están contenidos en el evangelio. No obstante, *no* todos los requisitos están específicamente expresados; el mensaje completo del evangelio no está detallado en este versículo. Son necesarias otras declaraciones de las Escrituras para poder entender *todo* lo que está incluido en el evangelio; por lo tanto, tales declaraciones se requieren para poder conocer todo lo que se necesita hacer, antes de que un creyente bautizado se pueda considerar salvo.

Juan 3.16, 36

Jesús no se contradijo a sí mismo cuando dijo: “todo aquel que en él cree, no se pierde, mas [tiene] vida eterna” (Juan 3.16), y cuando dijo: “El que creyere y fuere bautizado será salvo” (Marcos 16.16). La vida eterna se asocia correctamente con el creer, y la salvación de los pecados del pasado, con el bautismo. El creer es un aspecto *continuo* de

la vida de uno, mientras que el bautismo es un *evento de una sola ocurrencia* (Efesios 4.5), el cual resulta del creer.

El verbo “cree” (Juan 3.16, 36), en el griego, es un *participio presente*. Las obras de gramática del griego declaran que: “el participio presente representa acción lineal,”⁹ y “el participio presente, así como el infinitivo presente, no están sujetos al tiempo y son duraderos”.¹⁰

Esto significa que la vida eterna se da a los que, por *continuar* creyendo en Jesús, son motivados a *continuar* obedeciendo (Lucas 6.46; Mateo 7.21; 28.20). Sin tal obediencia, uno no puede ver la vida, sino que tendrá la ira de Dios pesando sobre uno (Juan 3.36). La frase “rehúsa creer” (Juan 3.36), traducida correctamente como “desobedece” en algunas traducciones al inglés, de las Escrituras, es del griego *apeitho*, la cual significa “desobedecer”, o “desobediente” tal como se traduce en Romanos 2.8; 1 Pedro 8; 3.20; y 4.17. Una declaración tal, muestra que el creer debe ir acompañado de la obediencia, antes de que uno pueda recibir la vida eterna que ofrece Jesús. El bautismo que es conforme a Jesús, es una parte de la obediencia que trae salvación eterna (Hebreos 5.9; cf. Marcos 16.16).

Hay quienes han alegado, que el bautismo no es necesario para ponerlo a uno *dentro de las bendiciones* que hay en Cristo,¹¹ pues creen que la *fe por sí sola* es suficiente para ello. Alegan que la preposición “en” (la palabra del griego *eis*, la cual en la mayoría de los contextos significa “dentro de”, y en todos los casos retiene, en algún sentido, ese significado) que se encuentra en la frase “en él cree”, tal como en Juan 3.16, 36, significa que uno cree *para estar dentro de* Cristo. El problema con esto es que la palabra “cree”, en muchos de estos pasajes, es un *participio presente*, el cual expresa *acción continua* (como ya se ha expresado). ¿Puede uno *continuar* viniendo de estar fuera de Jesús *para estar dentro de él*, por medio del creer “en” él, es decir el creer *eis* Jesús? Tal progresión de movimiento sería imposible. Lo más probable es que la expresión “todo aquel que en él cree”, signifique “uno que *continúa* poniendo su confianza en Jesús, de manera que pueda estar respondiendo a la voluntad de éste”.

Pablo usó el participio “bautizado” en el *indicativo aoristo*, cuando declaró la forma como uno entra en Cristo (Romanos 6.3; Gálatas 3.27).

⁹ Moule, 99.

¹⁰ Robertson, 891.

¹¹ Estas bendiciones incluyen el ser hecho una “nueva criatura” (2 Corintios 5.17) y el recibir “el perdón de pecados” (Efesios 1.7), la “salvación” (2 Timoteo 2.10), la “vida eterna” (1 Juan 5.11), y “toda bendición espiritual” (Efesios 1.3).

Dado que el aoristo es acción puntual, esto indica que el bautismo, una vez realizado, es el evento que coloca al creyente *eis*, es decir lo hace estar “dentro de” Cristo. El creer *por sí solo*, no lo coloca a uno en Cristo, ni tampoco lo hace el bautismo *por sí solo*. El bautismo es el momento, en el cual el creyente es traído para estar *dentro de* Cristo, donde recibe la salvación y toda bendición espiritual.

Hay quienes alegan que el verbo “cree”, usado con la preposición *eis*, es lo que lo hace a uno estar *dentro de* Cristo, pero que ese *eis*, de Hechos 2.38, no puede significar que uno pasa a estar *dentro de* el perdón de los pecados, cuando uno es bautizado. Pedro les dijo a los judíos creyentes que cada uno de ellos debía ser bautizado *eis* (para pasar a estar “dentro de”, traducido en muchas versiones como “para”) el perdón de pecados (Hechos 2.38). No obstante, si uno quiere afirmar que *eis* significa que uno cree para pasar a estar “dentro de” Cristo (Juan 3.16, 36), entonces ¿por qué no darle a *eis* el significado de pasar a estar “dentro de” en Hechos 2.38? Esto significaría que Pedro le enseñó a cada uno, que debía ser bautizado, para pasar a estar “dentro de” el perdón de pecados.

La palabra “cree” no es un verbo de acción. Esa

es la razón por la cual, cuando *eis* es asociado con “cree”, se le traduce como “en” y no como pasar a estar “dentro de”.

CONCLUSIÓN

Después de su muerte, sepultura y resurrección, Jesús envió a sus discípulos a todo el mundo a hacer discípulos a todas las naciones. Estos primeros mensajeros estaban familiarizados con el bautismo de preparación para el perdón de pecados, el cual Jesús y Juan habían predicado. Este bautismo preparaba al pueblo para recibir el bautismo, para entrar al reino de Cristo, del cual, su elemento terrenal es la iglesia de Cristo.

El bautismo para perdón de los pecados no era nuevo para estos primeros convertidos, pues muchos de ellos conocían el bautismo de preparación. Lo nuevo era el bautismo en la autoridad y el reino de Cristo. Poco después de recibir instrucciones por parte de Jesús, y de ser bautizados con el Espíritu Santo (Hechos 2.4), con el fin de que tuvieran la ayuda que necesitaba para recordar lo que Jesús les había enseñado (Juan 14.26), los apóstoles predicaron el evangelio, primero, en Jerusalén, y después, procedieron a enseñarlo en todo el mundo. ■